

cura descubrir sus faltas sin precipitación y se esfuerza, sobre todo, para excitarse á un verdadero arrepentimiento. En la acusación se sirve de palabras sencillas y claras. Después se esconde en las llagas de Jesucristo, para encontrar allí el remedio de las llagas de su alma. Escucha con humildad los avisos del confesor, y aviva su fe en el momento de recibir la absolución.

2.º Defectos que procura evitar: confesarse por rutina y sin recogimiento. Confesarse de una manera vaga y sin determinar bien las faltas. Confesarse tan sólo de tentaciones ó imperfecciones de las cuales es muy difícil concebir un verdadero arrepentimiento, por lo mismo que son involuntarias, olvidando los verdaderos defectos y sus hondas raíces. Evita, por último, engolfarse seguidamente después de la confesión en sus ocupaciones ó en quehaceres que de suyo llevan á la disipación y se esfuerza más bien en dar las debidas gracias al Señor por el insigne favor que acaba de recibir.

### MEDITACIÓN LXXIII

*Conversión de San Pedro. Motivo de esperanza para los pecadores*

I. Designio y motivos que tuvo el Salvador en esta conversión.

II. La gran misericordia que hace ver.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse á San Pedro en el momento en que acaba de afirmar por tercera vez que no conoce á Jesús. Ved en su rostro la impresión que le ha producido la amorosa mirada del Salvador.

SEGUNDO PRELUDIO.—Descubridnos ¡oh Jesús! los tesoros de la más tierna compasión que se encierra en vuestro Corazón. El pecado nos dió la muerte; una sola de vuestras miradas puede devolvernos la vida: *Deus tu conversus vivificabis nos* (1). *Deus*

(1) Ps. LXXXIV., 7.

*virtutum, convertere: respice de cælo, et vide, et visita vineam istam* (1).

### PUNTO I

**Designio del Salvador en la conversión de San Pedro**

Inspirar confianza á los pecadores, cualesquiera que hubiesen podido ser sus crímenes, y á los sacerdotes indulgencia y compasión para con las almas extraviadas por más culpables que sean: hé aquí al juicio de los intérpretes, las misericordiosas miras de Jesucristo al permitir la caída de su Apóstol, y concederle tan fácilmente un perdón completo luego que entró en su corazón el arrepentimiento.

En la hermosa parábola del hijo pródigo, al ser éste acogido por su padre con tanto gozo, revestido con sus más ricos trajes, honrado con un precioso anillo.... se hallaba admirablemente renovada y confirmada la antigua promesa que Dios había hecho al pecador arrepentido, de que olvidaría de tal manera sus iniquidades que en nada le perjudicarían: *Impietas impii non nocebit ei in quacumque die conversus fuerit* (2). Podía, sin embargo, quedar alguna duda con relación á ciertos pecados más enormes que el enemigo de nuestra salvación no dejará de representarnos como fuera de la ley del perdón. El hijo pródigo no era sacerdote; no había pecado *en la tierra de los Santos* (3); sus pecados no tenían el carácter de sacrilegio como los del hombre consagrado á Dios. Aquí es un sacerdote, es un apóstol el que cae y se levanta. «Su pecado es monstruoso, porque encierra un exceso de escándalo unido á un exceso de ingratitud; y sin embargo, Jesús le perdona en el mismo instante.... Desde este momento Pedro, convertido, lleva en sí mismo la bandera de

(1) Ps. LXXXIX, 15.

(2) Ezech., XXXIV, 11.

(3) Is., XXVI, 10.

la esperanza para que todos los que tienen la desgracia de caer como él, puedan prometerse poder resucitar como él, por el arrepentimiento y publicar por el mundo esta verdad consoladora: que no hay pecado por grande y horrible que sea, que no pueda ser borrado con las lágrimas de la contrición: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos*. De suerte que parece haber dicho el Señor al jefe de sus Apóstoles: Acuérdate, Pedro, de confirmar algún día con el ejemplo de tu penitencia á tus hermanos más débiles y enfermos que tú, para que ellos, pecadores también, nunca desesperen del perdón: *Infirmiores fratres, exemplo tuæ pœnitentiæ, ne de venia forte desperent, confortare memento* (1).

Jesús pues, al mismo tiempo que inspiraba ánimo al pecador penitente, se proponía también instruir á sus ministros: «cuando permitió que un Apóstol, que había recibido de El el poder absoluto de absolver, tuviese él mismo necesidad de una grande absolución, quiso, dice San Juan Crisóstomo, que los sacerdotes aprendiesen por el ejemplo de Pedro con qué facilidad y diligencia deben conceder el perdón solicitado por el verdadero arrepentimiento, guardándose bien de esa severidad inflexible que hace desesperar á los pecadores (2).

## PUNTO II

La misericordia que el Salvador manifiesta en la conversión de San Pedro

Recordemos procurando tener muy presentes en nuestra alma las circunstancias del momento y del lugar donde se consumó esta odiosa apostasía, y de la persona que se hizo culpable de ella. Jesús era el blanco de todo género de ultrajes; falsos testigos le calumnian; jueces inicuos le condenan; una insolente soldadesca le desfigura y le deshonra; llénanlo de

(1) Ven. Bed. Ventura. *Conferencia de la pasión*, t. I.

(2) *Ibid.*

ultrajes é indignas bofetadas.... Entonces es cuando en el mismo lugar, muy cerca de El, un discípulo suyo tan amado, unido á El y obligado por tantas promesas; por tantos beneficios, rechaza como una deshonra, la idea no ya de pertenecer á El, sino lo que es menos aún, de simplemente conocerle. Mas, apenas ha acabado de hablar y pronunciado su tercera negación, cuando el dulcísimo Salvador por toda venganza, volviéndose hacia el deliciente, echa sobre él una de esas miradas que el corazón no puede nunca olvidar: *Conversus Jesus respexit illum*. ¡Oh qué mirada tan elocuente! A la gracia exterior, añade Jesús una gracia interior abundante y eficaz, que al mismo tiempo que humilla á Pedro, le sostiene; y haciéndole avergonzarse de sí mismo, le descubre la bondad del que así le aflige. Así, mientras que le da á conocer la magnitud de su pecado, le asegura al mismo tiempo el perdón; si le invita á arrepentirse, le excita también á amarle; le contrista, sí, pero le consuela, le hiere y le cura.

En efecto, Pedro cree haber leído su perdón en la mirada de su amado Maestro, y su confianza no ha sido ilusoria. No solamente olvida Jesús el crimen de su discípulo, sino que le restablece en todos sus privilegios de jefe de la Iglesia, de pastor supremo, encargado de apacentar las ovejas y los corderos, representando las primeras á los obispos y los segundos á sus hijos en la fe. Le devuelve también el lugar que antes ocupaba en su predilección, queriendo que personalmente fuese sabedor de su resurrección: *Dicite discipulis ejus et Petro* (1), favoreciéndole con una aparición particular, antes de mostrarse á los once apóstoles, que no le habían negado: *Visus est Cephæ, et post hoc undecim* (2). ¿Podía acaso pintarse su divina clemencia con más vivos colores? No rehusemos á nuestro Dios el gozo que experimenta en perdonar. «Hé aquí, nos dice, mi nombre,

(1) Marc., XVI, 7.

(2) I Cor. XV, 5.

mis títulos, mis cualidades, todo lo que yo quiero ser para vosotros, pecadores, desde que volviereis a Mí: ese Dios sumamente bueno, tierno, paciente, misericordioso, más que todo lo que el entendimiento puede comprender (1). No os desanime el recuerdo de vuestros pecados y prevaricaciones, por enormes y numerosos que sean. Desde el momento en que os arrepintáis no hay desorden alguno, ni crimen, por negro que sea, que no desaparezca en presencia de mi amor para con vosotros, como la noche más oscura desaparece á la vuelta del sol. Tan lejos como el Oriente dista del Occidente alejaré de vosotros vuestras iniquidades (2). Sí, Dios mío, Vos sois, vuestro divino Corazón me llama, vuestra gracia inefable, vuestro amor es lo que escucho. ¡Ah! ¿puedo diferir el hacer que oigáis Vos mismo, con una plena y dulce confianza, los suspiros y gemidos de mi dolor, la humilde y sincera protestación de un amor recíproco? Y pues que os dignáis todavía daros á mí en vuestro augusto Sacramento ¡ah! venid á vengaros de mi corazón, como os habéis vengado de vuestro Apóstol. Venid á ponerme en estado de poder deciros con tanta verdad como él: *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te* (3).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Designio particular del Salvador en la conversión de San Pedro.* Quiso inspirar á los pecadores una confianza sin límites en su infinita misericordia, y á los sacerdotes una inagotable compasión para con las almas extraviadas. La parábola del hijo prodigo no era bastante para excitar y consolidar la esperanza de toda clase de pecadores.... el pródigo no estaba consagrado á Dios. Aquí el

(1) *Miserator et misericors Dominus; longanimis, et multum misericors.* (Ps. CII, 8.) *Misericors et clemens, patiens et multa miserationes.* (Exod., XXXIV, 6).

(2) *Quantum distat ortus ab occidente, longe fecit a nobis iniquitates nostras.* Ps. CII, 12.

(3) Joan., XXI, 17.

pecador es un Sacerdote, un Apóstol, un amigo íntimo de Jesús. Su prevaricación es enorme; y sin embargo, es perdonado con una prontitud y facilidad asombrosa. Este cambio debe persuadir á los pecadores que la verdadera contrición sirve para borrar todos los crímenes. Debe á la vez llenar el alma de los sacerdotes de la más tierna compasión hacia los pecadores y enseñarles con cuánta prontitud y amor deben absolver sus culpas cuando se acercan al tribunal de la Penitencia con verdadero arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.—*Misericordia que el Señor manifiesta en la conversión de San Pedro.* Acordémonos de las circunstancias de tiempo y de lugar, en las cuales se realizó aquella odiosa apostasía, y tengamos presente quién fué la persona que la efectuó. Cuando el divino Redentor era el blanco de todo género de ultrajes, entonces ante su vista, un discípulo muy amado y que le estaba unido por tan estrechos vínculos, protesta con juramento que no le conoce siquiera!... Jesús le mira.... ¡Ah, qué elocuente debió ser aquella mirada, la cual, mientras descubría á Pedro toda la enormidad de su crimen, le aseguraba á la vez el perdón. Y en efecto, no tan sólo el crimen quedó sepultado en el olvido, sino que además á Pedro se le reintegran todos sus excelsos privilegios. ¿Podrá la divina misericordia presentársenos con caracteres más tiernos y bajo circunstancias más conmovedoras?

#### MEDITACIÓN LXXIV

##### *Conversión de San Pedro. Modelo perfecto de penitencia*

- I. San Pedro llora su pecado.
- II. Huye de la ocasión.
- III. Procura repararlo.

#### PUNTO I

##### *San Pedro llora su pecado*

Una sola mirada del Hijo de Dios convierte á Pedro: las advertencias repetidas, las más conmovedoras y enérgicas palabras, los milagros más estupen-

dos no son suficientes para convertir á Judas. ¡Extraña y terrible verdad! Hay quien hace penitencia y se salva con el más pequeño auxilio; mientras otro, después de haber recibido del Cielo los más señalados favores, viene á morir impenitente y réprobo. ¿Es, pues, el hombre quien se *discierne*? (1). No, pero es el hombre quien rechaza el don de Dios ó lo hace valer con el auxilio de Dios mismo. Pedro se muestra pronto y fiel para secundar la gracia que le previene, y en esto merece ya ser propuesto como modelo de pecadores penitentes.

A la luz del rayo celestial emanado de la mirada de su Salvador, Pedro se despierta como de profundo sueño: *Recordatus est Petrus.....* «Gran Dios ¿qué he hecho yo? ¿qué he hecho, y qué momento he escogido para afligir á tan buen Maestro? ¿Cómo! ¿yo no le conozco? ¿y he podido afirmar esto y repetirlo aun con juramento?... ¡oh perjurio! ¡oh cobardía! ¡oh monstruosa ingratitud! predicción desconsoladora, estás cumplida! He renegado de Jesús, yo que había prometido!....» La luz que penetra en su alma le descubre todos los pecados contenidos en un solo pecado: incredulidad, presunción, negligencia, impiedad, crueldad, escándalo..... *Recordatus est Petrus.*

Pero ¿de qué se acuerda él? ¡Ah! si á ejemplo de Judas pensara en su crimen, se desesperaría como él; pero se acuerda *verbi Domini* de todo cuanto ha dicho el Señor para consolar y fortalecer el arrepentimiento; de tantas parábolas, expresión conmovedora de su misericordia. Se acuerda de haberle oído declarar que no ha venido para los justos, sino para los pecadores, así como el médico es sólo para los enfermos; pero se acuerda, sobre todo, de lo que le había dicho á él mismo poco antes de su caída para prevenirla..... ¡Oh! ¡cuántos recuerdos despierta en él una mirada tan tierna! ¡cuántas cosas le hace comprender ese mudo lenguaje!.... Ya no puede más: su alma

(1) I Cor., IV, 7.

se desahoga, prorrumpe en llanto: *Flevit amare.* No habla, dice San Ambrosio, sino que llora; las lágrimas que derrama son al propio tiempo su confesión exterior, y el testimonio expreso de su dolor interior. Aunque parezca que no reclaman su perdón, lo merecen y lo alcanzan (1). Lágrimas afortunadas, añade San León, que teniendo para el Apóstolo infiel la eficacia de un nuevo bautismo, borran la mancha y remiten la pena de su pecado (2). ¡Oh Dios mío! dadnos lágrimas que sean amargas y dulces á la vez: amargas como el arrepentimiento, dulces como la confianza y el reconocimiento. Desde los ojos que las brotan se levantan hasta vuestro trono, aplacan vuestra ira y atraen sobre los pecadores todas las bendiciones de vuestro amor.

## PUNTO II

### San Pedro huye de la ocasión de pecar

Aléjase de lo que ha sido para él ocasión de cometer el pecado, retirándose apresuradamente de esa compañía tan funesta para su virtud. Reflexiona que si á su primera caída siguieron otras dos, fué por haber vuelto á reunirse con los que le tentaron; después de haberse retirado de ellos un instante, desconfía hasta de sí mismo: ¡cuán cara le ha costado su presunción! Su pasada temeridad le hace prudente y se retira: *Egressus foras.....* Pero ¿cómo no tendrá valor para declararse públicamente en favor de Jesucristo, en el mismo lugar de su cobarde negación? Pudo hacerlo, pero con este hecho hubiera demostrado menos humildad. Los testigos de su crimen ¿no debieran serlo también de su penitencia? Lo serán en breve: entretanto, Pedro nos enseña que

(1) *Lacrymæ culpam loquuntur, et veniam non postulant, sed merentur.* (In Luc.).

(2) *Felices lacrymæ quæ ad diluendam culpam negationis, virtutem sacri habuere baptismatis* (Serm. IX, de Pass.).

la primera obligación del que ha escandalizado á sus hermanos, es el huir del lugar en que el escándalo se verificó, y no se debe exponer una pasión mal extinguida aún, bajo el pretexto de una necesaria reparación, ni conviene exponerse al peligro de pecar procurando la salvación de otros: *Egressus foras*.

¿De dónde proviene que tan santas resoluciones sean ineficaces, y que se desvanezcan sin realizarse nunca tantos proyectos de conversión? De que no se ha hecho lo que nos enseña aquí el Apóstol. Hemos sufrido una terrible decepción creyendo que nuestro cambio se había verificado al bañar con lágrimas nuestras mejillas; pero esto no basta, es necesario *huir*: No hemos dicho como Pedro: tal objeto ha sido funesto para mí inocencia, prohibo á mis ojos el volver á mirarlo nunca; ha sido peligrosa para mí tal compañía, me retiro de ella: en la casa de Caifás he negado á mi Salvador; no volveré á pisarla nunca, á no ser que una absoluta necesidad me lleve á ella nuevamente. La llama se comunica poco á poco; es preciso colocarse por el alejamiento en la imposibilidad feliz de verse tocado por ella.

En tanto que no se huye de la ocasión, se ama siempre el desorden.

### PUNTO III

#### San Pedro procura reparar su pecado

Hemos visto ya reemplazada su presunción por la humilde desconfianza de sí mismo; le veremos en el resto de su vida uniendo siempre la más santa timidez al más intrépido valor. Acordémonos de la triple protesta de amor con la cual tuvo que expiar su triple negación.

Cuando el Salvador después de su resurrección le preguntó si le amaba más que los demás, fué como decirle: «Veamos Simón, hijo de Juan ¿crees todavía ser superior á tus hermanos en tu amor hacia Mí,

más firme, más inquebrantable que todos ellos en tu abnegación?» Al contestar, Pedro, ya no emplea ese tono afirmativo y lleno de suficiencia que había sostenido tan malamente; se vale de palabras modestas: *Domine, tu scis quia amo te* (1). En vez de creer que excede á los demás en el amor á Jesucristo, ni siquiera se atreve á afirmar de sí propio que le ama verdaderamente; y si su Maestro le repite tres veces la misma pregunta, se entristece: *Contristatus est Petrus* (2). Tiembla por la sinceridad de sus sentimientos, y la respuesta que le da equivale á esta: «Páreceme, Señor, que os amo; pero no me atrevo ya á fiarme de mí propio testimonio. Sabéis mejor que yo lo que hay en mí; enderezad mi juicio si él se desvía; dadme vuestro amor si es que me falta.» Este, este es el lenguaje del penitente verdadero: tiene experiencia de su debilidad, ya no se fía sino de Dios.

Pero aún tenía Pedro otros males que reparar: su cobardía, su escándalo, la pena que había causado al Corazón de Jesucristo. El crimen cometido en la casa de Caifás, en presencia de algunas personas, por un temor indigno va á repararse públicamente: vedlo venir á una plaza pública, el día de Pentecostés, en medio de inmensa muchedumbre; y allí, con actitud llena de firmeza, levanta la voz: *Stans Petrus..... levavit vocem suam* (3). Sin temer ni las prisiones, ni los tormentos, ni la muerte, reprocha á los grandes y al pueblo, á los doctores y á los príncipes de los sacerdotes su deicidio detestable é impío, *Sanctum et justum negastis..... autorem vero vita interfecistis* (4). ¡Oh portento de la gracia! cuán hermoso es el oír de la misma boca que renegó vergonzosamente de Jesucristo, las palabras que de ellas salen llenas de fuego y que penetran en el corazón de esos hombres endurecidos: *Compuncti sunt corde*

(1) Joan., XXI, 15.

(2) Joan., XXI, 17.

(3) Act., II, 14.

(4) Act., III, 14, 15.

obligándole á golpearse en el pecho y á exclamar: *Quid faciemus, viri fratres?*

Pedro se ha convertido: lo prueban su humildad y su celo. Es necesario que mezcle las lágrimas de la penitencia con los sudores del apostolado; y aún no se verá contento si no agrega á todo esto la sangre del martirio. ¡Ah! si tuviera mil vidas, todas las daría por su amado Maestro á quien afligió cruelmente. A lo menos le repetirá mejor que con sus palabras con sus trabajos, sufrimientos y con su muerte: *Domine, tu scis quia amo te*. Nos atrevemos á decirlo: una falta así reparada honra á Dios, es consoladora para la Iglesia y útil para quien la ha cometido. Señor, en Vos únicamente está el hacer que mis pecados sean medios y motivos que me eleven á la más alta virtud, el darme la esperanza de llegar á ser santo, por lo mismo que he sido tan gran pecador, y el encender en las lágrimas del arrepentimiento la divina llama del amor y del celo. Quiero imitar el modelo de penitencia que me ofrecéis en la persona de San Pedro, y mostraros la sinceridad de mi conversión, trabajando con todas mis fuerzas en ganáros el corazón de mis hermanos: *Et tua aliquando conversus, confirma fratres tuos*.

#### RESUMEN DE LA MEDITACION

PUNTO PRIMERO.—*San Pedro llora su pecado*. A la luz de un rayo celestial que parte de los ojos del Salvador, Pedro parece salir de un profundo sueño.... Gran Dios ¿qué ha dicho? ¿que ha hecho? ¿qué momento ha escogido para afligir á un amigo que tanto necesitaba de consuelo! ¡Oh! ¡cuántos recuerdos despierta en él tan tierna mirada! Ya no puede más: su alma está despedazada: prorrumpe en llanto: ¡Oh Dios mío! dadme lágrimas, amargas como el dolor de haberos ofendido y dulces como el amor y el reconocimiento.

PUNTO SEGUNDO.—*San Pedro huye de la ocasión de pecar*. Abandona lo que ha sido para él motivo de pecado. Se

aleja apresuradamente de esa compañía tan funesta para su virtud. ¿Por qué han quedado ineficaces tan santos propósitos, tantas conversiones comenzadas y que jamás han llegado á feliz éxito? Creyó que su corazón se había ya mudado cuando apenas se hallaba conmovido; juzgó suficiente el llanto, cuando además era necesario apartarse del lugar de la caída. Mientras no se huye de la ocasión, queda siempre el afecto hacia el pecado.

PUNTO TERCERO.—*San Pedro procura reparar su pecado*. Su presunción ha sido reemplaza por una humilde desconfianza. Se le verá en lo restante de su vida uniendo á la más santa timidez el más intrépido valor. Si su divino Maestro le hubiera preguntado ahora: «Pedro ¿me amas más que los otros?» Su contestación en vez de ser resuelta y decidida como antes, le diría; «Paréceme, Señor, que os amo pero no me atrevo á fiarme de mi propio testimonio.» La conversión de San Pedro es real y verdadera: su celo, humildad y lágrimas lo prueban evidentemente. mil vidas hubiera dado después, si fueran necesarias para defender á su Maestro.

#### MEDITACIÓN LXXV

##### *Confianza del buen sacerdote*

- I. Más bien que temer, confía.
- II. En su mismo temor halla un poderoso motivo de confianza.

#### PUNTO I

##### *El buen sacerdote más bien que temer, confía*

Harto ha estudiado la Sagrada Escritura y á su propio corazón para no caminar delante de Dios con ese temor filial que lejos de oponerse al amor es más bien su efecto y salvaguardia. Es tal la grandeza de Dios y tal nuestra pequeñez, su santidad y nuestra natural corrupción; son tales y tan terribles los objetos que su justicia nos descubre en el porvenir eter-

no, que hasta el hombre más santo no puede dejar de estremecerse al pensar que se cumplan en él estas dos tan tremendas como inevitables verdades, á saber: 1.º Que puede caer en desgracia de Dios; 2.º Que puede morir en ese deplorable estado.

Pero si su confianza no excluye el temor, no le faltan, sin embargo, razones para persuadirle que ella debe ocupar un lugar preferente en su corazón. Vos mismo ¡oh Dios mío! le habéis impuesto como ley la esperanza: *Propter legem tuam sustinui te, Domine*. A esta ley agregáis las promesas, y como prenda de éstas, vuestro amor: amor sincero por el cual Vos deseáis perdonarle infinitamente más de lo que él mismo puede desear, y hacerle partícipe de vuestra soberana dicha; amor solícito por el cual le vais previniendo y buscáis su amistad como si no pudieseis ser feliz sin él; amor llevado hasta el exceso: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos* (1). ¿Qué no habéis padecido, qué sacrificio habéis dejado de hacer, qué no hacéis aun cada día para demostrarle vuestro amor? Ahora bien, si un Dios puede recibirme en su gracia y hacerme partícipe de su gloria; si El así lo quiere y lo promete ¿por qué no he de consentir yo en aceptar la soberana felicidad que me ofrece? No se me oculta que El ha impuesto á sus ministros graves obligaciones; pero no es menos cierto que les dispensa extraordinarios auxilios para facilitar su cumplimiento. ¿No les ha concedido acaso el divino Sacrificio?... Es indudable que el ministerio sacerdotal me pone en peligro de cometer frecuentes faltas; pero cierto es también que me proporciona á cada paso favorables ocasiones de realizar esas obras de caridad que cubren la multitud de las faltas por numerosas que sean: *Charitas operit multitudinem peccatorum* (2).

(1) Eph., II, 4.

(2) I Petr., IV, 8.

## PUNTO II

El buen sacerdote sabe encontrar en el mismo temor poderosos motivos de confianza

En efecto, dos son los objetos que pueden infundirle el temor: Dios y él mismo. El os teme ¡oh Señor! y teme vuestra justicia, y mucho más se teme á sí mismo: su debilidad, sus pasiones, sus pecados, su inconstancia; y por lo mismo que tiene temor, toma sabias y previsoras precauciones. La desconfianza de suyo aleja el mal, así como la presunción nos arrastra á él. Su humildad es un escudo poderoso que le defiende y le libra de todo peligro: *Humilem Deus protegit et liberat* (1).

Pero hé aquí lo que hay de más consolador en este punto y que atrae poderosamente su atención. Si yo avivo mi fe y ajusto mi proceder á sus principios, vuestra misma justicia ¡oh Dios mío! que tanto me alarma, es la que engendra en mi corazón una santa y apacible confianza. ¿He imitado yo alguna vez seria y debidamente esta célebre expresión: *De suo bonus, de meo justus*? Dios saca su bondad de su propio Corazón y su justicia del mío: por tanto si yo me empeño en ello, su justicia respecto á mí puede trocarse en bondad, amor y liberalidad. Esa justicia que me llena de estremecimiento y espanto ¿no tendrá acaso otro fin sino el de despedir rayos y centellas? ¿Acaso no repartirá ella, y mil veces más de buen grado magníficas y liberales misericordias? Haced ¡oh Señor! que yo viva siempre sumiso á vuestra ley, y me consagre por completo á los intereses de vuestra gloria, á fin de que pueda exclamar con vuestro Apóstol, siquiera en lo que me queda de vida: *Bonum certamen certavi*; vuestra justicia formará mi alegría pues podré repetir como el Apóstol que se me debe una corona: *In reliquo reposita est mihi corona justitiæ quam reddet mihi..... justus judex* (2).

(1) *Imit.*, I, II, c. II.

(2) II Tim., IV, 7, 8.

Sí, Dios es justo; pero su misma justicia, para recibir una satisfacción condigna, llevó su amor hasta el punto de darme en la persona de Jesucristo á un mediador que solicita y alcanza siempre lo que pide: á un abogado que intercede con tal eficacia en mi favor que tiene la completa seguridad de conseguir lo que pide; á un Salvador, en fin, que pagó *superabundantemente*, dice el mismo Apóstol, el precio de mi rescate.

Atrévome, por tanto, á apelar ¡oh Dios mío! á vuestra justicia y, presentándoos á vuestro Hijo que me pertenece puesto que Vos me lo habéis entregado y El mismo quiso entregármese, por El y con El os ofrezco mi corazón culpable pero arrepentido, y estoy seguro de alcanzar vuestra misericordia. Descargad sobre mí los vasos de vuestra ira, os diré con santa audacia, si Jesús no es infinitamente más santo de lo que yo soy pecador, y si no es infinitamente mayor la complacencia que experimentáis por su santidad que el horror que os ocasionan mis crímenes..... Es vuestra justicia, por tanto, la que me llena de regocijo y en ella estriba mi esperanza. No, Dios mío, yo no quedaré confundido: *In te Domine, speravi; non confundar in æternum; in justitia tua libera me* (1).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen sacerdote, más bien que temer, confía.* El hombre más santo tendría sobrados motivos para temer, aun cuando no pensara sino en estas verdades tan inconcusas: yo puedo caer en desgracia de Dios, y morir en tan lamentable estado. Pero el buen sacerdote está íntimamente convencido de que la confianza debe ocupar el lugar preferente en su corazón. Sois Vos mismo ¡oh Dios mío! quien le habéis impuesto como ley la esperanza. A esta ley hay que agregar vuestras promesas, y á éstas vuestro amor..... Si

(1) Ps. XXX, 2.

por una parte se halla expuesto á cometer frecuentes faltas, por la otra se le presentan también incesantes ocasiones de practicar esas obras de misericordia que cubren y borran los pecados, por muy numerosos que sean.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen sacerdote sabe trocar los mismos motivos de temor en motivos de esperanza.* Teme á Dios, y se teme á sí mismo; y cabalmente por esto toma sabias precauciones: la desconfianza le alejará seguramente del mal. Su humildad le libraré de todo peligro. Mas aún; es vuestra misma justicia ¡oh Dios mío! la que me quita el temor que ella me infunde. Sí, Dios es justo, y cabalmente para satisfacer á su justicia llevó su amor hasta el extremo de darme á Jesucristo, su vida, su muerte, sus méritos. Yo, por tanto, me atrevo á apelar á su justicia y presentándole á su divino Hijo Jesús á decirle: castigadme ¡Señor! siempre que Jesús no sea infinitamente más bueno de lo que yo soy pecador, y no halléis infinitamente más complacencia en su santidad que horror en mis crímenes. No, Dios mío, *yo no seré confundido, porque he esperado en Vos: libradme, Señor, en vuestra justicia.* (Ps. LXX, 1).

#### MEDITACIÓN LXXVI

*Dignos frutos de penitencia. Parábola de la higuera estéril*

I. Arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua, et venit quærens fructum in illa, et non invenit.

II. Dixit autem ad cultorem vineæ: Ecce anni tres sunt ex quo venio quærens fructum in ficulnea hac, et non invenio; succide ergo illam, ut quid etiam terram occupat?

III. At ille respondens, dixit illi: Domine, dimitte illam et hoc anno, usque dum fodiam circa illam et mittam stercora: et siquidem fecerit fructum: sin autem, in futurum succides eam.

PRIMER PRELUDIO.—Representaos á Jesucristo en medio de sus discípulos pronunciando por dos veces